

Pla(nes) de viaje: de la URSS a los USA

En los últimos meses, a través de la prensa (números especiales de suplementos literarios, en Barcelona y Madrid), en actos de homenaje sociales y universitarios (en la Residencia de Estudiantes o la Biblioteca Nacional, en Palafrugell y Girona), nos asaltan imágenes diversas de Josep Pla. Contradictorias y reivindicativas, según el color de la causa de quien quiera poner su nombre y obra a su servicio. ¿Y no es este el sino de las conmemoraciones centenarias? Se confirma lo que Juan Goytisolo critica a propósito de la marca registrada del Noventa y Ocho: el «consenso que ahora, como siempre, asfixia la vida intelectual de España», un consenso «impuesto por ‘fiero sufragio universal’ o ‘a cristazo limpio’, según el aire de los tiempos o el acomodo gruñón a las circunstancias» (*El País*, 27/V/1997). En el caso de Pla las facilidades de apropiación están de cuerpo presente en el personaje, en la propia obra, y más en la leyenda que los envuelve a ambos. Precursor del ecologismo para unos, traidor a las causas nacionalistas para otros (y por ello castigado a no recibir un premio de incierta reputación), espía y periodista, notario verbal y diletante, explotado por un contrato editorial draconiano y sin embargo capaz de generar esa obsesiva obra de más de cuarenta volúmenes.

Pese a las disparidades hay una imagen contradictoria que pervive por encima de las demás: la de un nómada sedentario que pasó su vida deambulando por países, mesas, tertulias. Devorando con la sagacidad de una mirada ávida los espectáculos humanos –políticos, literarios, sociales– y de la naturaleza con que topó. Y en esta imagen del nómada sedentario destaca una actividad clave, el viaje. Me interesa aquí trazar unos apuntes acerca del Pla viajero, a partir de dos experiencias de viaje complementarias, visitas a la URSS y los USA, antes y después de la guerra civil. Y comprobar las variaciones de posición literaria que esos periplos enuncian.

En efecto, es el conflicto fratricida lo que marca un antes y un después, en la obra, en los intereses, en los hábitos del escritor. En el principio fue una vida de ciudad en ciudad, a remolque de los traslados provocados por el impulso de quien escribe para vivir como corresponsal a

sueldo de varios periódicos peninsulares, siempre con un interés genuino por la política, la vida cultural, por las maneras de ser de la gente de los sitios donde se instala. Más cómodo en Italia que en Alemania, despreciando íntimamente la gastronomía (sic) inglesa, feliz en París. Más tarde, después de 1940, se refugia en Llofriu, y el mas Pla se convierte en base para breves escapadas: muchas incursiones en la Cataluña interior, a pie y en autobús, o en barca por el litoral, otras más espaciadas por Europa y América, que se convierten en reportajes para la revista *Destino*.

En los años posteriores a la Revolución hubo un gran número de viajeros que fueron a Rusia en respuesta a una devoción ideológica –peregrinaje político– o simple curiosidad malsana. Centenares de viajeros ilustres se sintieron obligados a escribir su informe personal. Llama la atención que casi todos estos libros de viajes presentan dos curiosas diferencias respecto del formato habitual en el género: no llevan fotos, ni mapas o ilustraciones, y están complementados con unos voluminosos apéndices, que contienen discursos, estadísticas, o copias de documentos oficiales, que pretenden «ilustrar» lo que el autor percibe como la gran diferencia entre *su* mundo (el suyo y el del lector) y el que ha observado.

Josep Pla publicó sus impresiones, en una serie de artículos, en el periódico barcelonés *La Publicitat*. Convertido en libro en 1925, éste tiene dos partes muy diferenciadas. En una se limita a repetir información; en la otra introduce el comentario y las impresiones personales. El resultado más evidente y espectacular es un libro de viaje atípico, fascinante, ya que Pla fue allí en compañía de Eugeni Xammar, otro gran periodista, y se cruzó en el camino con Walter Benjamin. Hace un par de años se reeditó este volumen. Y lo que durante muchos años podría haber parecido excesivamente prolijo y detallado, alejado en exceso de los intereses del lector no especializado, de repente, con los sucesos acaecidos a partir de 1985, se convirtió en actualidad vibrante.

A menudo el libro de viajes sirve para hacer un retrato sutil de la propia sociedad desde una perspectiva lejana, aprovechando al mismo tiempo la deformación que proponen realidades tan distintas. Las *Letres persanes* de Montesquieu o el *Candide* de Voltaire son libros de filósofo que analizan en profundidad la propia sociedad reflejada en el espejo imaginario y aparentemente neutro de los problemas de unas civilizaciones primitivas. Sin llegar a ese extremo, Pla reflexiona a menudo sobre las diferencias entre la realidad que conoce en la URSS y la que ha dejado atrás. Es por efecto del contraste, uno de los recursos retóricos más frecuentes en este tipo de texto. Pla quiere ofrecer un testimonio de primera mano: «És idiota de perdre el temps llegint descripcions literàries escrites del bulevard estand» (20). Contra las visiones sectarias y deformadoras escribe que «hom es pot disposar a comprendre un xic l'URSS

amb un criteri completament independent de qualsevol proselitisme» (20). Pero en el momento de opinar sobre el estado del campesinado, le salen los prejuicios de su país –y comarca– de origen: «Així i tot, els pagesos sempre es queixen. A tot arreu són iguals. No estan conformes amb cap fórmula que no sigui la propietat romana de la terra» (72).

Otra de las particularidades del viaje a la URSS es el hecho de no reflejar con mucho detalle la anécdota del viaje físico. Se pasa en seguida a una determinada forma del viaje y de la realidad, más mental, en la que se juzga, a la luz de la propia experiencia o de la ideología política de quien escribe, la situación de la URSS. El texto se llena de mayúsculas y de juicios: «L'experiència comunista és (...) el primer assaig d'occidentalització a fons que suporta aquest poble» (157). O bien: «M'agradaria d'arribar a vell per veure el desenllaç de totes aquestes coses tan curioses» (154).

Pla nos presenta la situación de la URSS en sus inicios. Evoca una Rusia soviética todavía en proyecto –está apuntando el despegue desde la economía de guerra que había dominado los primeros años de la revolución, y acaba de estrenar la Nueva Política Económica–. Era pues un momento de ensueño –Stalin era tan sólo secretario del Partido Comunista–, muy anterior a las siniestras realidades que habían de producirse después. Pla, como gran observador y curioso impenitente, se fija en los pequeños detalles: el país no tiene gente vestida de ricos, le sorprende la inmensidad del paisaje o la abundancia de librerías. Abundan los comentarios escépticos. Pero tiene el mérito de reconocer los cambios positivos introducidos por la revolución. En otras ocasiones sus comentarios pueden tener un valor premonitorio: «És probable que a distància, la Revolució russa no quedi més que com un fantàstic canvi de personal i com una inversió del significat verbal de les paraules» (174). Es la visión del profeta, que en su momento debía sonar a más de uno a reaccionarismo cavernícola, pero que desde nuestro presente, casi setenta años más tarde, suenan a fresca intuición de estadista.

Josep Pla reconoce haber pasado por una gran crisis: «Com tothom que ha anat a Rússia he passat per una gran crisi: no m'he pas deixat emportar per la primera impressió perquè he considerat que la missió que tenia era la de comprendre» (183).

En el libro de viajes hay un diálogo elemental, pero que en estos textos juega un papel esencial: entre el libro que construye durante el viaje y la guía, más prosaica, que le sirve de punto de referencia o libros de anteriores viajeros. El viajero actúa como de turista con la ayuda de un predecesor. Como dijo Jean Rousset: «Les voyageurs s'appuient sur des guides, qu'ils citen, qu'ils démarquent, qu'ils critiquent volontiers» (126). Esta actitud y actividad desembocan directamente en el plagio. El conocido aforismo orsiano «todo aquello que no es tradición es plagio», se convierte en un *mot d'ordre* para los autores de estos textos. El viaje-

ro se informa previamente, llega, y aquellas lecturas traslucen en su propio texto, copiadas literalmente o incorporadas de manera más o menos consciente. Es decir, plagiadas.

En el caso de los viajeros al país de los Soviets, no utilizan guías, porque no existían, pero cumplen esa función informativa y que provoca el plagio, los informes «oficiales» que recibían de las autoridades, y que por su originalidad, son incorporados como apéndice. Estos apéndices demuestran hasta que punto el viajero se siente inseguro y se acerca a un tipo de texto que tiene más que ver con el informe. Cortan con el carácter más literario, de evocación de, o reacción ante, lo visto, aquello más genuino del libro de viajes. Hay dos tipos de citas incorporadas al texto del viaje: las que sirven para probar la autenticidad de la experiencia (conversaciones, incluso de documentos, citas de los propios diarios o notas); y las que contienen una marca de cultura e invocan otro tipo de referencia, tradición o intertextualidad (Grudzinska Gross, 231). La combinación de las dos fuentes produce la característica alternancia en el libro de viajes entre la primera y la tercera persona.

Josep Pla jugó con dos tipos de fuentes: las informaciones oficiales, en general de carácter preciso y técnico (que se traducen en un texto monótono, mezcla del estilo de un Baedeker o una *Guide Bleu*, y el de un resumen de carácter enciclopédico), y las que obtuvo de primera mano, que en este caso eran proporcionadas por un catalán que vivía instalado en Moscú, el mítico Andreu Nin. La incorporación del comentario personal o del contraste con un otro periodista tiene –para el lector– un valor de confidencialidad, la noticia –aparentemente– privada.

Josep Pla se adentra en la Rusia soviética y queda muy sorprendido ante el aspecto de la gente, o de las sensaciones que siente ante el espacio que contempla: «La sensació dominant del viatge és, però, una sensació que jo no havia sentit mai: la sensació de la imensitat del paisatge. Tot es troba, relativament a les coses nostres, multiplicat per deu: les distàncies, els pobles, les perspectives, les coses» (29). Los viajeros han sido siempre acusados de sacar conclusiones después de un viaje demasiado corto por un territorio muy limitado. Los que visitaron Rusia toparon con el problema añadido de enfrentarse con un territorio inmenso con docenas de lenguas distintas y culturas nacionales muy diversificadas. ¿Qué imagen, pues, nos pueden transmitir? Todos tienen, ciertamente, un componente utópico: muchos van a la búsqueda de la revolución, de la sociedad ideal, y vuelven con un equipaje cargado de opiniones modificadas. Pla termina con una visión escéptica y pidiendo excusas al lector por sólo haber relatado lo que ha visto. Apabullado por la inmensidad explica: «Si no he descorbert res de nou, si els articles nonhan resultat prou brillants i engrescadors, és que potser la feina era desproporcionada a les meves forces» (183).